

La Verdad Restaurada, Gordon B. Hinckley

Capítulo 2 - Un ángel y un libro

Una vez que hubo relatado su visión, la vida de José Smith nunca volvió a ser la misma. Por una parte, la notable experiencia había causado una impresión indeleble en él. El conocimiento que había recibido en esa visión lo había colocado en tina posición singular. Sin embargo, su manera de vivir no era muy distinta de la de cualquier otro joven granjero de su época, con la excepción de que a menudo era objeto de burlas. No obstante, siguió trabajando en la granja de su padre y para otros vecinos de la zona y siguió relacionándose con compañeros de su propia edad. Quienes lo conocieron lo describían como un joven fuerte y activo, de disposición alegre, aficionado a la lucha y a otros deportes. La historia de su vida y experiencias en esta época queda mejor descrita con sus propias palabras:

“...frecuentemente cometía muchas imprudencias y manifestaba las debilidades de la juventud... lo cual me da pena decirlo, me condujo a diversas tentaciones, ofensivas a la vista de Dios. Esta confesión no es motivo para que se me juzgue culpable de cometer pecados graves o malos, porque jamás hubo en mi naturaleza la disposición para hacer tal cosa...

“Como consecuencia de estas cosas, solía sentirme censurado a causa de mis debilidades e imperfecciones. De modo que, en la noche del ya mencionado día veintiuno de septiembre, después de haberme retirado a mi cama, me puse a orar, pidiéndole a Dios Todopoderoso perdón de todos mis pecados e imprudencias; y también una manifestación para saber de mi condición y posición ante El; porque tenía la más absoluta confianza de obtener tina manifestación divina, como previamente la había tenido.

“Encontrándome así, en el acto de suplicar a Dios, vi que se aparecía una luz en mi cuarto, y que siguió aumentando hasta que la habitación quedó más iluminada que al mediodía; cuando repentinamente se apareció un personaje al lado de mi cama, de pie en el aire, porque sus pies no tocaban el suelo.

“Llevaba puesta una túnica suelta de una blancura exquisita. Era una blancura que excedía a cuanta cosa terrenal jamás había visto yo; y no creo que exista objeto alguno en el mundo que pueda presentar tan extraordinario brillo y blancura. Sus manos estaban desnudas, y también sus brazos, un poco más arriba de las muñecas; y de igual manera sus pies, así como sus piernas, poco más arriba de los tobillos. También tenía descubiertos la cabeza y el cuello, y pude darme cuenta de que no llevaba puesta más ropa que esta túnica, porque estaba abierta de tal manera que podía verle el pecho.

“No sólo tenía su túnica esta blancura singular; sino que toda su persona brillaba más de lo que se puede describir, y su faz era como un vivo relámpago. El cuarto estaba sumamente iluminado, pero no con la brillantez que había en torno de su persona. Cuando lo vi por primera vez, tuve miedo; mas el temor pronto se apartó de mí.

“Me llamó por mi nombre, y me dijo que era un mensajero enviado de la presencia de Dios, y que se llamaba Moroni; que Dios tenía tina obra para mí, y que entre todas las

naciones, tribus y lenguas se tomaría mi nombre para bien y para mal, o sea, que se iba a hablar bien y mal de mí entre todo pueblo.”

Las Escrituras de las Américas

“Dijo que se hallaba depositado un libro, escrito sobre planchas de oro, el cual daba una relación de los antiguos habitantes de este continente, así como del origen de su procedencia. También declaró que en él se encerraba la plenitud del evangelio eterno cual el Salvador lo había comunicado a los antiguos habitantes.

“Asimismo, que junto con las planchas estaban depositadas dos piedras, en aros de plata, las cuales, aseguradas a un pectoral, formaban lo que se llamaba el Urim y Tumim; que la posesión y uso de estas piedras era lo que constituía a los ‘videntes’ en los días antiguos, o anteriores, y que Dios las había preparado para la traducción del libro.

“Después de decirme estas cosas, empezó a citar las profecías del Antiguo Testamento... [José entonces menciona algunos de los pasajes de las Escrituras citados por Moroni.]

“Por otra parte, me manifestó que cuando yo recibiera las planchas de que él había hablado... no habría de enseñarlas a nadie, ni el pectoral con el Urim y Tumim, sino únicamente a aquellos a quienes se me mandase que las enseñara; si lo hacía, sería destruido. Mientras hablaba conmigo acerca de las planchas, se manifestó a mi mente la visión de tal modo que pude ver el lugar donde estaban depositadas; y con tanta claridad y distinción, que reconocí el lugar cuando lo visité.

“Después de esta comunicación, vi que la luz en el cuarto empezaba a juntarse en derredor del personaje que me había estado hablando, y así continuó hasta que el cuarto una vez más quedó a oscuras, exceptuando alrededor de su persona inmediata, cuando repentinamente vi abrirse algo como un conducto que iba directamente hasta el cielo, y él ascendió hasta desaparecer por completo, y el cuarto quedó tal como había estado antes de aparecerse esta luz celestial.

“Me quedé reflexionando sobre la singularidad de la escena, y maravillándome grandemente de lo que me había dicho este mensajero extraordinario, cuando en medio de mi meditación, de pronto descubrí que mi cuarto empezaba a iluminarse de nuevo, y, en lo que me pareció un instante, el mismo mensajero celestial apareció una vez más al lado de mi cama.

“Empezó, y otra vez me dijo las mismísimas cosas que me había relatado en su primera visita, sin la menor variación... Habiéndome referido estas cosas, de nuevo ascendió como lo había hecho anteriormente.

“Ya para entonces eran tan profundas las impresiones que se me habían grabado en la mente, que el sueño había huido de mis ojos, y yacía dominado por el asombro de lo que había visto y oído. Pero cuál no sería mi sorpresa al ver de nuevo al mismo mensajero al lado de mi cama, y oírlo repasar y repetir las mismas cosas que antes; y añadió una advertencia, diciéndome que Satanás procuraría tentarme la causa de la

situación indigente de la familia de mi padre) a que obtuviera las planchas con el fin de hacerme rico. Esto él me lo prohibió...

“Después de esta tercera visita, de nuevo ascendió al cielo como antes, y otra vez me quedé meditando en lo extraño de lo que acababa de experimentar; cuando casi inmediatamente después que el mensajero celestial hubo ascendido la tercera vez, cantó el gallo, y vi que estaba amaneciendo; de modo que nuestras conversaciones deben de haber durado toda aquella noche.

“Poco después me levanté de mi cama como de costumbre, fui a desempeñar las faenas necesarias del día; pero al querer trabajar como en otras ocasiones, hallé que se me habían agotado a tal grado las fuerzas, que me sentía completamente incapacitado. Mi padre, que andaba trabajando cerca de mí, vio que algo me sucedía y me dijo que me fuera a casa. Partí de allí con la intención de volver a casa, pero al querer cruzar el cerco para salir del campo en el que estábamos, se me acabaron completamente las fuerzas, caí inerte al suelo y por un tiempo no estuve consciente de nada.

“Lo primero que pude recordar fue una voz que me hablaba, llamándome por mi nombre. Alcé la vista y, a la altura de mi cabeza, vi al mismo mensajero, rodeado de luz como antes. Entonces me relató otra vez todo lo que me había referido la noche anterior; y me mandó ir a mi padre y hablarle acerca de la visión y mandamientos que había recibido...”

“...regresé a donde estaba mi padre en el campo, y le declaré todo el asunto. Me respondió que era de Dios, y me dijo que fuera e hiciera lo que el mensajero me había mandado. Salí del campo y fui al lugar donde el mensajero me había dicho que estaban depositadas las planchas; y debido a la claridad de la visión que había visto tocante al lugar, en cuanto llegué allí, lo reconocí.”¹

El cerro Cumora

A unos seis kilómetros al sur de Palmyra, estado de Nueva York, se halla un cerro de buen tamaño que se levanta abruptamente por el lado norte y disminuye gradualmente en un largo declive hacia el sur. Por el costado occidental, no lejos de la cima, tal como José la había visto en la visión, aparecía, pulida por el tiempo, la superficie de una piedra redondeada cuyos bordes estaban cubiertos de tierra.

Afanosamente quitó la tierra para poder introducir una palanca debajo de la orilla y levantándola vio una caja formada por una piedra que le servía de fondo y otras que se habían unido con cemento para formar los lados. Allí, efectivamente, estaba el tesoro; el pectoral, dos piedras engastadas en arcos de plata y un libro con láminas de oro unidas por tres anillos.

Anhelosamente extendió las manos para tomarlos, pero inmediatamente sintió una fuerte sacudida. Lo intentó otra vez y recibió otro choque paralizador. Por tercera vez hizo el esfuerzo y en esa ocasión fue tan fuerte el choque que lo dejó débil e impotente. Frustrado, el joven exclamó: “¿Por qué no puedo obtener este libro?”

“Porque no has guardado los mandamientos del Señor”, contestó una voz a su lado. Volviéndose el joven, vio junto a él al mismo mensajero con el cual había conversado durante la noche. Lo dominó una sensación de culpabilidad y pasó como relámpago por su mente la solemne advertencia de Moroni, de que Satanás procuraría tentarlo a causa de la indigente situación de la familia de su padre, pero que las planchas de oro eran para la gloria de Dios, y no debía influir en él ningún otro propósito respecto de ellas.²

Después de esta reprensión, se le dijo que no recibiría las planchas en esa ocasión, sitio que tendría que pasar por cuatro años de prueba y que durante ese intervalo debía ir al cerro una vez al año en esa misma fecha.

“De acuerdo con lo que se me había mandado”, escribe, “acudía al fin de cada año, y en cada ocasión encontraba allí al mismo mensajero, y en cada una de nuestras entrevistas recibía de él instrucciones e inteligencia concernientes a lo que el Señor iba a hacer, y cómo y de qué manera se conduciría su reino en los últimos días...”

“Por fin llegó el momento de obtener las planchas, el Urim y Tumim y el pectoral. El día veintidós de septiembre de mil ochocientos veintisiete, habiendo ido al fin de otro año, como de costumbre, al lugar donde estaban depositados. el mismo mensajero celestial me las entregó, con esta advertencia: que yo sería responsable de ellos; que si permitía que se extraviaran por algún descuido o negligencia mía, sería desarraigado; pero que si me esforzaba con todo mi empeño por preservarlos hasta que él (el mensajero) viniera por ellos, entonces serían protegidos.”³

Hostigadores

José Smith no tardó en darse cuenta del motivo por el que Moroni le había recomendado tan estrictamente que protegiera los anales tomados del cerro, pues no bien se esparció el rumor de que él tenía las planchas, empezaron los esfuerzos por quitárselas. A fin de preservarlas, primero las escondió cuidadosamente en un tronco hueco de abedul. Después, las encerró en un cofre en la casa de su padre; más tarde las enterró debajo de la chimenea en la sala de la casa; y el taller de un tonelero que vivía enfrente de ellos fue el siguiente escondite. Todas éstas y otras estrategias se emplearon para proteger las planchas de los populachos de las cercanías, que irrumpían en la residencia de los Smith y las propiedades contiguas y las registraban y aun recurrieron a los servicios de un adivino en su afán por encontrar los anales.

En dos ocasiones dispararon contra José Smith y pronto se le hizo evidente que no podría encontrar paz en las vecindades de Palmyra. Unos meses antes de recibir las planchas, había contraído matrimonio con Emma Hale, del municipio de Harmony, estado de Pensilvania. La había conocido dos años antes, cuando se había alojado en la casa del padre de ella, mientras estaba trabajando en aquella región al servicio de un vecino llamado Josiah Staal. Y cuando en diciembre de 1827 José Smith recibió una invitación de los padres de su esposa para vivir con ellos en Harmony, la aceptó con la esperanza de poder encontrar allí la tranquilidad que necesitaba para la tarea de traducir.

Habiéndose instalado confortablemente, el joven comenzó a trabajar en los anales. Era un volumen extraño, de aproximadamente quince centímetros de ancho por veinte de largo y quince de espesor. Las páginas de oro, o planchas, eran más finas que una hoja de lata común y estaban sujetas con tres anillos por uno de los lados. Aproximadamente una tercera parte de las planchas estaban sueltas y se podían volver sin dificultad como las hojas de un cuaderno; pero las otras dos terceras partes estaban “selladas”, de manera que no se podían examinar. Sobre las planchas había hermosos grabados, pequeños y finamente labrados.

José Smith inició su obra copiando en papel varias páginas de aquellos extraños caracteres. Tradujo algunos por medio del Urim y Tumim, o sea, los “intérpretes” que había recibido con las planchas.

Cerca de la casa de los Smith, en Nueva York, vivía un agricultor próspero llamado Martín Harris, que había oído mucho de lo que había acontecido al joven y, a diferencia de la mayoría de la gente de la vecindad, había manifestado un interés amistoso en el asunto. En febrero de 1828, el Sr. Harris visitó a José Smith.

“No puedo leer un libro sellado”

José Smith le mostró las páginas que contenían la transcripción de los caracteres junto con algunas de las traducciones que de ellos había hecho. Lo interesaron profundamente y pidió permiso para tomarlas prestadas. Con el consentimiento de José Smith, el Sr. Harris las llevó a la ciudad de Nueva York y, según su testimonio, presentó “los caracteres que habían sido traducidos, así como su traducción, al profesor Charles Anthon, célebre caballero por motivo de sus conocimientos literarios. El profesor Anthon manifestó que la traducción era correcta y más exacta que cualquiera otra que hasta entonces había visto del idioma egipcio. Luego le enseñé los que aún no estaban traducidos, y me dijo que eran egipcios, caldeos, asirios y árabes, y que eran caracteres genuinos. Me dio un certificado en el cual hacía constar... que eran auténticos, y que la traducción de los que se habían traducido también era exacta. Tomé el certificado, me lo eché en el bolsillo, y estaba para salir de la casa cuando el Sr. Anthon me llamó, y me preguntó cómo llegó a saber el joven que había planchas de oro en el lugar donde las encontró. Yo le contesté que un ángel de Dios se lo había revelado.

“El entonces me dijo: ‘Permítame ver el certificado’. De acuerdo con la indicación, lo saqué del bolsillo y se lo entregué; y él, tomándolo, lo hizo pedazos, diciendo que ya no había tales cosas como ministerio de ángeles, y que si yo le llevaba las planchas, él las traduciría. Yo le informé que parte de las planchas estaban selladas, y que me era prohibido llevarlas. Entonces me respondió: ‘No puedo leer un libro sellado’. Salí de allí y fui a ver al Dr. [Samuel] Mitchell, el cual confirmó todo lo que el profesor Anthon había dicho, respecto de los caracteres, así como de la traducción.”⁴

Algunos años después, al ser entrevistado por un enemigo declarado de José Smith, el profesor Anthon negó haber hablado favorablemente en ocasión alguna acerca de los caracteres o de la traducción. Sin embargo, permanece incólume el hecho de que Martín Harris quedó tan impresionado con lo acontecido que, después de volver a José

Smith, inmediatamente partió hacia Palmyra para poner en orden sus asuntos a fin de poder ayudar en la traducción.

El 12 de abril de 1828 regresó a Harmony. Aunque hubo frecuentes interrupciones, la obra de traducir se inició y prosiguió. Para el 14 de junio de 1828, Martín Harris había escrito 116 páginas de manuscritos dictados por José Smith.

Desde hacía algún tiempo la Sra. de Harris quería que su esposo llevara el manuscrito a casa a fin de que ella pudiera verlo. El consultó con José Smith en cuanto a ese privilegio, pero éste se lo negó.

Rehusando aceptar la decisión, Harris continuó insistiendo hasta que, finalmente, se le permitió llevar el manuscrito con la condición de no mostrarlo a nadie más que a los miembros más cercanos de su familia. El estuvo de acuerdo, pero, al retornar a su casa, cedió a la presión de otras personas curiosas y, evidentemente, le robaron los papeles.

José Smith se dio cuenta demasiado tarde del grave error que había cometido al permitir que la traducción saliera de sus manos. Comprendió que había hecho mal y le sobrevino una fuerte angustia mental. Esta fue una lección que no olvidó nunca; ni la olvidó tampoco Martín Harris, porque nunca más se le permitió volver a ayudar en la traducción. La parte extraviada no se volvió a traducir; ya que para José Smith era evidente que sus enemigos podrían alterar el original y ridiculizarlo públicamente.

Durante el resto de ese año y la primavera siguiente, se le prohibió seguir traduciendo las planchas, por lo que dedicó la mayor parte del tiempo a cultivar su propia tierra y a trabajar para otros. Sale a la luz la historia

El 5 de abril de 1829 llegó a sus puertas un joven que se llamaba Oliver Cowdery. Para José Smith era un desconocido, pero él conocía a la familia Smith por haberse hospedado en la casa de ellos mientras enseñaba en la escuela de la zona el año anterior. Había escuchado el extraordinario relato sobre las planchas de oro y estaba decidido a investigar personalmente el caso. Dos días después de su llegada, comenzó su labor de escribiente, mientras José Smith leía en voz alta la traducción de los anales.

En ellos descubrieron una historia extraordinaria sobre los descendientes de una familia que salió de Jerusalén aproximadamente en el año 600 a. de J.C. El padre, Lehi, había sido inspirado a huir de la ciudad, la cual estaba condenada a la penosa destrucción que posteriormente le sobrevino. Después de construir un barco, la familia atravesó el océano y desembarcó en un punto indefinido del continente americano.

De esta familia surgieron dos naciones conocidas como nefitas y lamanitas respectivamente. En su mayoría, los nefitas eran gente que amaba a Dios, mientras que los lamanitas eran, generalmente, indolentes, contenciosos e inicuos. Los nefitas tenían entre ellos la historia del pueblo de Israel hasta la época en que la familia había salido de Jerusalén, y junto con ella llevaban un registro de su propia nación, así como traducciones de escritos de otras civilizaciones que habían encontrado.

Su historia relata que los profetas y sacerdotes les enseñaban principios de rectitud y les impartían las ordenanzas de salvación. Lo más notable de todo es que el Salvador visitó a este pueblo, después de Su resurrección, en cumplimiento de sus propias

palabras que se encuentran en el Evangelio según Juan: “También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor”⁵. Les enseñó los principios que había enseñado en Palestina y estableció su Iglesia entre ellos, dando a sus dirigentes autoridad idéntica a la que había conferido a los Doce Apóstoles en Jerusalén.

Obedeciendo las enseñanzas de Cristo, este pueblo vivió en paz y felicidad durante varias generaciones; pero cuando la nación prosperó, se tomó inicua a pesar de las advertencias de los profetas. Entre estos profetas estaba Mormón, quien en su época tuvo a cargo los anales de la nación. De esa extensa historia hizo un compendio sobre planchas de oro y lo entregó a su hijo Moroni, quien sobrevivió la destrucción de la nación nefita a manos de los lamanitas. Antes de morir, Moroni enterró los anales en el cerro Cumora, donde José Smith los recibió unos catorce siglos más tarde. Entre los indios americanos se encuentra hoy en día un resto de la nación lamanita.

¹ José Smith—Historia 28-50.

² Relato hecho por Oliverio Cowdery en una carta dirigida a W. W. Phelps, de fecha 28 de mayo de 1835. (Véase *Cowdery's Letters on the Bringing of the New Dispensation*, Burlington, Wise Free Press Print, 1899, págs. 26-27.) La carta se publicó por primera vez en 1854.

³ José Smith—Historia 51, 59.

⁴ José Smith—Historia 65.

⁵ [Juan 10:16](#).